

JAMES E. G. ZETZEL, *Critics, compilers, and commentators: An introduction to Roman philology, 200 BCE-800 CE*, Oxford; New York: Oxford University Press, 2018, xviii+425 pp., ISBN 978-0-19-538052-1.

James Zetzel, hoy Professor Emeritus de la Columbia University (Nueva York), se graduó en Harvard 50 años antes de la publicación de esta obra, y también allí presentó su tesis sobre la crítica textual en la antigüedad romana (1973, con resumen en *HSCP* 78, 1974, 284-7), publicada luego en 1981 y 1984¹. Es curioso que su interés por la “ancient scholarship” no surgiera directamente en la universidad que había producido dos volúmenes (Rand et al., 1946; Stocker – Travis, 1965) de la *editio Harvardiana* de Servio, sino en una estancia (1968-69) en el *Institute of Classical Studies*, de Londres, con ocasión de un seminario sobre Madvig dirigido por Momigliano y Ogilvie; allí, según cuenta el mismo Zetzel (2005, x), abandonó la idea de estudiar la Grecia del s. IV para entregarse a la historia de los textos y de la filología. Feliz decisión para cuantos nos interesamos por estos temas.

Pese a algunas críticas a su innovadora tesis por parte de figuras como Reeve (*CPh* 70, 1985, 85-92) y Jocelyn (*Gnomon* 55, 1983, 307-11), Zetzel profundizó enormemente en el análisis de diversas facetas de la actividad filológica en la antigüedad, prestando especial atención a los textos más escurridizos y de más compleja interpretación y tradición: las *suscriptiones*, los escolios y los comentarios. Sus investigaciones en ese ámbito culminaron con la edición del *Commentum Cornuti* (Clausen – Zetzel, 2004), un proyecto que había iniciado con Wendell Clausen ya en los 70, y en el que Zetzel apuntaló la edición de Clausen con un sesudo estudio de la tradición del texto, desarrollado luego en una densa monografía (Zetzel, 2005). Es probablemente su familiaridad con estos textos lo que le convirtió en el investigador más capacitado (“has no peer in this field today”, escribe Kaster en la contraportada del volumen en la versión rústica que manejamos para esta reseña) para escribir esta eminente obra de referencia, llamada a ser por muchos años el punto de partida de toda investigación sobre la filología romana antigua. Pero aún hay otra faceta de la actividad del autor que se transparenta en el libro, y es su labor como crítico: en efecto, Zetzel ha sometido a su aguda crítica un buen número de trabajos importantes sobre la gramática y la filología latina antigua: desde el *Scribes and Scholars* de Reynolds y Wilson (*CPh* 72, 1977, 177-83) hasta la reciente edición por C. Ciofi del comentario donatiano a la *Andria* de Terencio (*BMCR* 2019.03.21), ha reseñado obras como la conocida *Text and Transmission* (*CPh* 81, 1986, 270-4), la edición y comentario, por Kaster, de Suet. *De gramm. et rhet.* (*AJPh* 118, 1997, 475-8), la del *De*

¹ A lo largo de esta reseña se dan en formato autor-año aquellos trabajos que se citan en la bibliografía de la obra reseñada, mientras que se ofrece referencia completa de los que no se incluyen.

analogia de César, por Garcea (*CJ-Online*, 2013.02.01)², o el póstumo *Virgilianisti antichi* de Timpanaro (*BMCR* 2002.02.09)³.

Con el título *Critics, Compilers, and Comentators*, extraído de la cita que precede al prefacio, se rinde homenaje a E. Gibbon, por más que el juicio del historiador sobre ese tipo de eruditos no era precisamente favorable⁴. No es el único guiño a la tradición: el encabezado “What is a classic?” (81) recuerda el homónimo ensayo de T. S. Elliot, y tal vez “Three Histories” (131) haga lo propio con la novela de la escritora romántica Maria Jane Jewbury⁵. El respeto a la tradición, por ejemplo en la equilibrada valoración de la obra de Keil (160-2), o en el reconocimiento a Wessner y Barwick (viii), tiene su contrapunto en un impresionante dominio de la bibliografía más reciente, ya que, aunque el autor declara ([vii]) que se impuso ciertos límites (salvo en ediciones y traducciones, en las que persigue exhaustividad), los 1115 títulos que componen la lista de “Works cited” (374-411)⁶, de los cuales 174 son de 2010 o posteriores, dan idea del impresionante esfuerzo por proporcionar un actualizado *status quaestionis*⁷ en un campo de estudio vasto y de difusos límites.

El libro se organiza en dos partes bien diferenciadas: la primera, “A Short History of Roman Scholarship” (1-228, capítulos 1-9), más narrativa, es un repaso histórico de los textos que traslucen una actividad específicamente filológica, en cuanto a que encarnan un intento por explicar la lengua latina o los textos latinos, o bien describen las actividades necesarias en ese tipo de explicación (4)⁸; su organización sigue criterios misceláneos, primero, cronológicos (capítulos 1-5) y, luego, tipológicos (capítulos 6-8), con un capítulo final dedicado a “the after-life or Roman philology in the early Middle Ages” (11). La segunda, “A Bibliographical Guide” (229-363, capítulos 10-13), de formato enciclopédico, retoma parcialmente la organización predominantemente “tipológica” de la primera, ya que los capítulos 10 (“Dictionaries and Encyclopedias”), 11 (“Comentaries”) y 12

² Precisamente Kaster y Garcea, otros dos primeros espadas en la erudición gramatical romana, “read the completed manuscript for Oxford University Press and offered detailed and helpful suggestions”.

³ En un *curriculum vitae* de 2013, Zetzel relaciona 72 reseñas, de las cuales al menos 17 guardan relación con el tema de esta obra.

⁴ E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. Vol. I, New York 1831^f, 36: “A cloud of critics, of compilers, of commentators darkened the face of learning, and the decline of genius was soon followed by the corruption of taste”. El veredicto se aplica a la época de los Antoninos, en el capítulo II del primer volumen de la célebre obra.

⁵ T. S. Elliot, *What is a classic?*, London 1945; M. J. Jewbury, *The Three Histories*, London, 1830.

⁶ El autor es honesto indicando (13) que ha prestado desigual atención a la bibliografía citada: que leyó o al menos hojeó cada página de todos los textos antiguos discutidos, pero que de los posteriores a Isidoro sólo leyó (enteros o en parte), los impresos, y algunos de los aún no editados. En cuanto a la bibliografía secundaria, afirma haber manejado en algún momento casi todo lo que ha citado, aunque en algunos casos, sólo para filtrar y tomar muestras.

⁷ O, a veces, *inquisitionis*, como el autor advierte en la primera página del prefacio: “what I offer here is a report on others’ work in progress”

⁸ Abrazando esta concepción estrecha de la filología, Zetzel se separa, con buen criterio metodológico, del que considera como “ancestor” de su libro, Gräfenhan (1843-50), quien había partido de una concepción mucho más amplia.

(“Grammar and other Forms of Erudition”) se corresponden *grosso modo* con el 6, 7 y 8, pero se añade a aquellos otro más, el 13 (“Early Medieval Grammars”), que obedece a un criterio cronológico. Además de estas correspondencias, el diálogo entre una y otra parte es constante, rayano en lo repetitivo, pero con una redundancia necesaria y muy útil para el lector: así, son constantes en la primera parte las notas a pie de página que remiten a la información prosopográfica y/o bibliográfica de la segunda, y, a la inversa, los sucintos bosquejos de autores y textos de la segunda parte se completan con los apartados de la primera en que aquellos son discutidos en un contexto más amplio.

El autor pone gran cuidado en explicar los límites de la obra, empezando por su orientación “formal”, y no conceptual: “my goal is to explain the frequently unfamiliar texts that embody specifically philological activity, not the ideas about language that they reveal” (4)⁹; en vano buscará, pues, el lector en este libro una historia de la gramática, o de los conceptos y categorías gramaticales¹⁰. Esto no quiere decir que el libro no sea útil a la tan en boga Historia de la Lingüística: muy al contrario, proporciona al especialista en ese campo no sólo una completa descripción de las formas textuales en que la Antigüedad nos legó sus reflexiones sobre la lengua y la literatura, sino también una aproximación al contexto de su producción, su finalidad (destinatarios) y su uso. En efecto, uno de los grandes atractivos del libro es su intento de relacionar los textos que estudia con la sociedad que los ha producido y “consumido”: así, por ejemplo, al comparar las categorías varronianas de *ars* e *historia* con la división que harán más tarde un Quintiliano (*recte loquendi scientia* y *poetarum enarratio*) o un Diomedes (*recte loquendi scribendique ratio* e *intellectus poetarum*), Zetzel deja claro el carácter “inmanente” de la conceptualización de Varrón, frente al aplicado (a la actividad docente del gramático) de las otras (50); el ambiente escolar realmente permea algunos textos posteriores a Donato, cuya forma catequética de pregunta-respuesta (o la conversación con interlocutores imaginarios) transforma la “dry grammar into a lively (well, perhaps not so lively) classroom” (196). En otro capítulo (87), cuando el autor se pregunta por el sentido de la extraña estructura de la obra de Julio Romano (tal como puede reconstruirse por las extensas secciones transmitidas por Carisio), propone que fue concebida como una ayuda para estudiantes o lectores que quisieran encontrar palabras adecuadas (en la línea de las recomendaciones de Frontón) para un discurso o un ejercicio retórico, evitándoles hacer sus propias lecturas directas de las fuentes. En consecuencia, el historiador de la lingüística puede investigar la aportación de Julio Romano a

⁹ Sobre la orientación de la obra vuelve poco más adelante: “mine is largely an external account of philology, not an internal one. It is not about the history of ancient linguistic theory or hermeneutics; it is about the texts and books from which we learn about such things: what they are, where they are found, and what the contexts are of their production and preservation” (12). Véase también 279, donde se ofrece una sucinta bibliografía sobre la “internal history of Latin grammar”.

¹⁰ Ello explica al mismo tiempo por qué en la bibliografía se citan pocos trabajos de autores como, entre otros, Pierre Swiggers, Alfons Wouters, Sylvain Auroux, Bernard Colombat, cuyas contribuciones tienen una orientación eminentemente conceptual.

la doctrina sobre una u otra categoría gramatical, pero no puede perder de vista que el objetivo principal de su obra era más bien práctico, y su ambición teórica, bastante limitada.

Además, en su empeño de aclarar el sentido y función de los textos o las actividades filológicas que contempla su obra, Zetzel recurre ocasionalmente a gráficas comparaciones con la época actual. Así, en relación con las *suscriptiones*, que tan agudamente estudió, y la *emendatio* (capítulo 9.1. “The Correctors”), comenta las distintas tipologías de “suscriptores” (estudiantes ayudados de un gramático, personajes eminentes que trabajan de manera independiente) y descarta identificar su actividad con una mera “corrección de pruebas”, ya que, de otro modo, suscriptores de cierta relevancia social¹¹ hubieran contratado a expertos para tal tarea igual que hoy –dice– para comprobar referencias o confeccionar índices algunos contratan a estudiantes o a profesionales.

Otra limitación que Zetzel se impone es la de la actividad filológica que tiene como objeto los textos cristianos: es decir, se tiene en cuenta a los autores cristianos (el propio Servio lo era, probablemente) sólo en tanto en cuanto han dedicado su atención a la gramática o a la exégesis de textos paganos. La única excepción a este criterio es el comentario de los Salmos, de Casiodoro, “only because he confronted directly the relationship between the two worlds of Christian and secular exegesis” (11)¹². Se tratan, sí, por consiguiente, los tratados gramaticales de San Agustín y Pseudo-Agustín (284-5), la compilación ortográfica de Casiodoro y el capítulo sobre gramática del libro II de sus *Institutiones* (286-9), o Isidoro y Beda, entre otros cristianos.

También es consistente (y generoso) el autor con el intento, declarado en el prefacio (vii), de ser más extenso en la discusión de ámbitos y textos que considere “important, unfamiliar, or difficult to grasp”, y breve, en cambio, con material más sencillo. Como material importante que recibe extenso tratamiento se puede mencionar a Varrón, que se erige en centro del capítulo 3 (31-58), una lúcida presentación del contenido del *De lingua Latina* y la posición de su doctrina en el contexto intelectual de su tiempo. Pese a que la orientación del libro es predominantemente filológica, en este capítulo se explican algunos de los principales conceptos varronianos (*impositio* y *declinatio, natura, analogia* y *consuetudo*) y se relaciona su doctrina con la de algunos contemporáneos como César y Cicerón, cuyo común centro de interés es la *Latinitas*, el latín puro, un requisito de la lengua del orador, no sólo para Cicerón, sino también para César y Varrón (56).

Puede admitirse que existen otras buenas aproximaciones sobre el pensamiento lingüístico de Varrón; por el contrario, difícilmente encontrará el lector mejores síntesis que la de Zetzel sobre algunos de esos textos “unfamiliar, or difficult

¹¹ Se refiere a casos como el de *Nicomachus Flavianus*, que corrigió manuscritos de Livio cuando era *praefectus urbis* por tercera vez, o *Turcius Rufius Apronianus Asterius*, que corrigió una copia de Virgilio siendo *consul ordinarius*.

¹² El lector interesado puede consultar la reciente obra de T. Denecker, *Ideas on Language in Early Latin Christianity: From Tertullian to Isidore of Seville*, Leiden-Boston 2017, pero tendrá en cuenta que su orientación es más conceptual (“Ideas”) que filológica *sensu stricto*.

to grasp”. Sin duda adscribe a esa categoría los muy diversos materiales tratados en las 25 páginas del capítulo 6. “Dictionaries, Glossaries, Encyclopedias”, que supera con mucho en amplitud y claridad a las cuatro columnas de la *RE* en que Tolkien había sintetizado la “Lexikographie” de los romanos¹³. El apartado 1. del capítulo se centra en la perdida enciclopedia de Verrio Flaco y su parcial conservación (en un solo *Codex Farnesianus*, que ha perdido las letras anteriores a la M y conserva fragmentariamente las siguientes) en el resumen realizado en el siglo II por Pompeyo Festo, al que a su vez epitomizará Pablo Diácono, omitiendo casi todas las citas, las explicaciones detalladas, y algunos lemas completos. Tras un sucinto tratamiento de Nonio y Fulgencio, agrupados en 6.2., se pasa a la parte más útil, 6.3. (101-17), que describe las principales variedades de glosario, con especial atención a aquellos textos que parecen contener material antiguo o tardoantiguo, entre ellos, algunos, como las *Notae Tironianae* o las *Notae iuris*, que uno difícilmente hubiera asociado a los glosarios. La tipología propuesta arranca de una tripartición en a) *synonyma y differentiae*, b) glosarios propiamente dichos (listas de palabras con su definición) y c) un amplio grupo misceláneo unido por su común función de ayudar en la adquisición de una lengua o su traducción, de latín a griego o a la inversa, y que incluye no sólo diccionarios bilingües, sino también textos con un contenido más concreto: los *hermeneumata*, concebidos para el aprendizaje básico del idioma en contexto escolar, y los *idiomata*, construcciones en las que el latín se diferenciaba del griego, y que en último término eran producto de la teoría de que aquel se derivaba del este¹⁴.

Otra tipología textual sobre la que el no especialista puede hallar en esta obra una excelente propedeútica es la del comentario en sus diversas formas (escolios marginales y comentarios “continuos”), tema del capítulo 7. Aquí interesa destacar, en primer lugar, la preliminar discusión (122-6) sobre los textos comentados y la condición de los comentaristas: se insiste en que ni el comentario es provincia exclusiva del gramático, ni los textos literarios (no muchos) los únicos que reciben atención. Para ilustrar esto último, el autor hace un excursus sobre los comentarios a textos legales (123-5), insistiendo en una idea –hasta donde alcanzo a ver, nueva y original del autor– que aflora de cuando en cuando en el libro (9,

¹³ J. Tolkien, “Lexikographie. II. Römer”, *RE* 24, 1925, 1479-82. Este sumario, superado por estudios más específicos, ni siquiera aparece en la bibliografía. Respecto de los glosarios, Zetzel se declara deudor de Dionisotti (1996), lo mismo que para los materiales bilingües (Dionisotti, 1988); para las *differentiae* cita, entre otros, a Brugnoli (1955) y a nuestras Codoñer (1985) y Magallón (1996).

¹⁴ El autor es un tanto parco en este punto, y se limita a decir que esta teoría tenía, en Elio Estilón y en Varrón, un fundamento etimológico. Hay mucho más sobre el denominado “Eolismo”, y bibliografía específica al respecto que el lector interesado puede consultar (por ejemplo, M. Dubuisson, “Le latin est-il une langue barbare?”, *Ktèma* 9, 1984, 55-68; B. Stevens “Aeolism: Latin as a dialect of Greek”, *CJ* 102, 2006, 115-44). La teoría, además, tenía su impacto en la codificación gramatical: como el latín dependía del griego, la gramática romana debía ser como la griega (véase L. Rodríguez-Noriega y J. Uría, “Ibycus and Diomedes: On the Reception of a Greek Poet by a Late Latin Grammarian”, *Mnemosyne* 70, 2017, 450-75, esp. 469-70). También se echa de menos, en relación con los *idiomata*, la mención de la importancia que les otorga Baratin (1989), y del papel que tiene el capítulo *De consensu uerborum cum casibus*, de Diomedes (*GLK* I 310, 30-320, 9).

25-7, 57-8, 124 n. 9): la del estrecho vínculo entre el Derecho y la Gramática en tiempos de la República, y el papel del primero en el desarrollo de la segunda. En segundo lugar, se hacen consideraciones formales y codicológicas sobre la historia del comentario (126-31), en gran medida dependiente de la evolución de los soportes de escritura de los textos comentados: en esencia, el rollo de papiro, escrito en columnas y con poco espacio intermedio, no estaba diseñado para incluir un comentario, a diferencia del códice de pergamino, con mayores márgenes, si bien hasta el siglo V no lo bastante amplios para albergar notas extensas. Es la conexión física de texto y comentario lo que condiciona que este se haga línea a línea; sin esa conexión, no hay necesidad de seguir el orden del texto, lo que explica, por ejemplo, que los comentarios “tempranos” de Virgilio no fueran, seguramente, lo que entendemos por tales, sino simples *libri de Vergilio*: tal es la propuesta del autor para Higino, Asconio, Cornuto, y, tal vez, Valerio Probo, autores cuyos fragmentos –dice– apuntan más bien a una organización temática (127). Estos comentarios físicamente independientes de sus textos de base requerían sistemas de “llamada”: el de Asconio, el más antiguo que conservamos, utiliza un sistema de numeración rudimentario y poco práctico, y la otra posibilidad es el uso de lemas, es decir, citas de los textos que se están explicando. Estas características imponen, además, un comentario “selectivo”.

El paso desde ese comentario independiente y selectivo hasta las formas que nos son más familiares no se deja describir con seguridad (128), pues nos faltan detalles, por ejemplo, del comentario virgiliano de Emilio Aspro, y es probable que los patrones de transmisión fueran varios. Con mayor certeza puede hablarse de la transición desde la época tardoantigua al periodo carolingio: se presume, por ejemplo, para el comentario de Donato a Terencio, un extenso comentario original, abreviado en los márgenes del texto base, tal vez por lectores o estudiantes, y luego reescrito en el comentario que poseemos. Otros comentarios, en cambio, siguieron existiendo en su forma completa hasta más allá del periodo carolingio, caso del de Asconio sobre Cicerón o de los de Servio o Tiberio Donato sobre Virgilio. En fin, otras veces, notas marginales antiguas se copiaron en manuscritos medievales, como los que constituyen los llamados *scholia uetera* de Juvenal, cuya fuente principal es un códice del siglo IX. Aún en este apartado, también resulta muy práctica la clasificación de las diferentes formas que adopta la exégesis, en tanto en cuanto pueden dar pistas sobre la configuración de manuscritos perdidos: se distinguen, en este sentido, lemas, glosas, duplicaciones, notas desplazadas, y se explica a qué fisonomía original apunta cada tipo.

El capítulo 7. continúa (131-56) con un recorrido histórico por los comentarios que se conocen de tres autores: Virgilio, Cicerón y Horacio¹⁵. Por limitarnos aquí a Virgilio, la mayor parte de la discusión la ocupa la relación de las dos versiones del comentario de Servio, entre ellas y con el perdido comentario de Donato (y con varias series de *scholia*), pero también se hace alusión a los testimonios y

¹⁵ Para el resto de autores literarios comentados (Terencio, Ovidio, Germánico, Persio, Lucano, Estacio y Juvenal) el lector debe consultar el capítulo 11, ya en la parte “Bibliográfica”.

fragmentos de comentarios precedentes¹⁶, así como a la atención erudita que recibió en textos diferentes del comentario, como los *Saturnalia* de Macrobio (141).

Los tratados gramaticales (*artes*) son el foco del siguiente capítulo, el 8. “Grammar and Grammarians” (159-200). Se incluye en él gran cantidad de material, bastante heterogéneo, que es muy satisfactoriamente organizado, con capítulos independientes para “subdisciplinas” tales como la ortografía, la métrica y la estilística (tropos/figuras), así como para los gramáticos más importantes en la tradición artigráfica: Carisio, Donato y Prisciano. Pero aquí me limitaré, por un lado, a destacar: 1) la utilidad del informe sobre “Lost grammars and pseudonymous texts” (183-7), que aclara las complejas circunstancias por las que numerosos textos tardíos circularon bajo el nombre de eminentes gramáticos como Probo, Escauro y Victorino; 2) las tan rápidas como completas síntesis sobre ortografía (donde sólo se echa de menos una referencia a los capítulos ortográficos de Quintiliano, en *inst.* 1, 7) y sobre métrica; y, por otro y sobre todo, a añadir algún dato que puede ser útil para enriquecer la discusión sobre los problemáticos “Origins of the *ars*” (162-8), cuya historia, como reconoce Zetzl, “is necessarily speculative” (162). Y es que el autor, como la mayoría de los que abordan la cuestión, omite en la discusión algunos testimonios, concretamente del *De grammaticis* de Suetonio y del *De oratore* de Cicerón, obra que –conviene anticiparlo–, aunque escrita en la madurez del orador (55 a.C.), está ambientada como un diálogo a comienzos de siglo. Suetonio alude¹⁷ a unos *ueteres grammatici* que habrían confeccionado unos *commentarii* tanto sobre gramática como sobre retórica (*de utraque arte*), dato que inmediatamente recuerda al pasaje, sí tenido en cuenta (con escepticismo) por Zetzl, en que el *auctor ad Herennium*¹⁸ anuncia que explicará en una *ars grammatica* cómo evitar el barbarismo y el solecismo¹⁹. Es

¹⁶ En la sucinta enumeración que va desde Higino hasta Donato, se echa en falta la mención de Arruncio Celso, citado antes (92) como comentarista de Virgilio (véase Char. *gramm.* p. 286, 11-4) y de Terencio (Char. *gramm.* 287, 10-2). Dado que sí se menciona un *Cornelius*, puede tratarse de una confusión con Cornelio Celso, con quien algunos identifican el *Celsus* de otras citas de Carisio (síntesis de la discusión en Rodríguez-Noriega y Uría, “Ibycus and Diomedes”, 469-70). Sea como sea, ninguno de los *Cornelius* del índice remite a esta página, y no hay *Celsus* alguno en el *index*; la relación bibliográfica de los comentaristas de Terencio parece limitarse a los “extant commentaries”, y por ello falta también allí (ahora, con razón) Arruncio Celso.

¹⁷ Suet. *gramm.* 4, 4 *Veteres grammatici et rhetoricam docebant, ac multorum de utraque arte commentarii feruntur.*

¹⁸ Rhet. Her. 4, 17 *Haec (scil. barbarismum et solecismum) qua ratione uitare possumus in arte grammatica dilucide dicemus.*

¹⁹ A falta de otra noticia sobre la existencia de tal obra, la interpretación más común es la de un proyecto probablemente nunca realizado: “If he ever wrote it, we do not know; it is not unknown even for modern scholars to avoid a subject by deferring discussion to an imaginary future” (53). Sin embargo, nada impide suponer que se alude a algo más inmediato: el futuro se utiliza con frecuencia para señalar la organización del capítulo que se va a abordar de manera inmediata; por ejemplo, al final de la introducción al capítulo 15 del libro I de Carisio (*gramm.* p. 63, 16-27), *tractabimus, sequemur, subiciemus* y *soluemus* se refieren a lo que sigue inmediatamente. Por otra parte, el autor de Rhet. Her. no informa de su intención como si se tratara de algo novedoso o extraño: su manera de expresarse implica que *ars grammatica* es un concepto ya establecido en la época en que escribe.

cierto, no obstante, que el texto de Suetonio no permite una interpretación segura respecto de la realidad que recubre *commentarii*, y tampoco es posible asegurar el sentido de *feruntur*²⁰. Se puede, en cambio, aventurar, si no el nombre, sí la época de esos *ueteres grammatici*, que, dada la secuencia cronológica de la exposición de Suetonio, debió de corresponder al comienzo del siglo I, la época de *Aurelius Opillus*²¹.

Son varios los pasajes que sugieren que Cicerón pudo adscribir precisamente a esa época, los principios del s. I en que se ambienta su *De oratore* (91 a. C.), una cierta sistematización de la gramática. En primer lugar, esta disciplina está entre las que Craso (Cic. *de orat.* 1, 187) describe como *quae sunt conclusa nunc artibus*, es decir, sistematizadas como tales disciplinas, a partir de actividades existentes, pero inconexas: *poetarum pertractatio, historiarum cognitio, uerborum interpretatio, pronuntiandi quidam sonus*²². En segundo lugar, en otros pasajes se detalla el contenido y niveles de la instrucción gramatical, aunque el vocabulario “atécnico” que deliberadamente se usa en el *De oratore*²³ dificulta la comprensión de los detalles: así, en un pasaje del libro III²⁴, dentro del proceso gradual que se describe, es fácil asociar con la escuela del *magister ludi la puerilis doctrina*, que corresponde a lo que Quintiliano denominará *triuialis scientia* (*inst.* 1, 4, 27)²⁵, y también se pueden identificar las actividades designadas con *consuetudo* y *lectio* (respectivamente el uso del lenguaje conversacional y la lectura de las autoridades literarias); sin embargo, es menos evidente la referencia de *subtilior cognitio ac ratio litterarum* y, sobre todo, de *libri*: para aquel sintagma, ya Hendrickson (1906, 107) hizo notar que Cicerón, que normalmente vincula la adquisición del buen latín a la mera práctica de la lengua y de la lectura²⁶,

²⁰ Para *commentarii*, M. C. Vacher (*Suétone. Grammairiens et rhéteurs*, Paris, 2003, que falta en la bibliografía) opta por “recueils de notes”, y por “l’on a gardé le souvenir” para *feruntur*. En cambio, Kaster (1995, 9) prefiere “treatises” y “there are in circulation”. En sus notas, ambos ponen de relieve la polisemia de *comentarius*.

²¹ Kaster (1995, 99) menciona, junto a *Opillus*, a *Antonius Gniphio* y *Ateius Philologus*, indicando que los tres enseñaron gramática y retórica “either concurrently or serially”.

²² Ya Kaster (1986, 339 n. 5) pone este pasaje en relación con el ya mencionado de Rhet. Her. 4, 17, si bien su referencia cronológica es la de la redacción del *De oratore* (55 a. C.) y no la de su ambientación (91 a. C.). A. D. Leeman – H. Pinkster – H. L. W. Nelson, *M. Tullius Cicero, De Oratore Libri III. Kommentar*. Vol. 2, Heidelberg 1985, 90, proponen que Cicerón podría estar pensando, al enumerar estas actividades, en el manual de Dionisio Tracio.

²³ Véase ya C. Causeret, *Étude sur la langue de la rhétorique et de la critique littéraire dans Cicéron*, Paris, 1886, 12-3, y, más recientemente, A. D. Leeman – H. Pinkster – E. Rabbie, *M. Tullius Cicero. De oratore libri III. Kommentar*. Vol. 3, Heidelberg 1989, 20.

²⁴ Cic. *de orat.* 3, 48 *Praetereamus igitur praecepta Latine loquendi, quae puerilis doctrina tradit et subtilior cognitio ac ratio litterarum alit aut consuetudo sermonis cotidiani ac domestici, libri confirmant et lectio ueterum oratorum et poetarum*.

²⁵ Relaciona los dos pasajes Ax (2011, 100-1), indicando que Quintiliano adopta, respecto al papel de la gramática en la formación del rétor, una postura diferente a la de Cicerón y más cercana a la de César: Quint. *inst.* 1, 4, 5-6 *Quo minus sunt ferendi qui hanc artem ut tenuem atque ieiunam cauillantur... Ne quis igitur tamquam parua fastidiat grammatices elementa...*

²⁶ También en Cic. *Brut.* 258 *...locutionem emendatam et Latinam, cuius penes quos laus adhuc fuit, non fuit rationis aut scientiae, sed quasi bonae consuetudinis*.

aquí concede un espacio al estudio teórico de la gramática²⁷, con lo que es posible que *libri*, que normalmente se interpreta como parte de una endíadris (*libri et lectio = lectio librorum*), pueda estar refiriéndose a *artes grammaticae*²⁸, es decir al correlato escrito de la asimilación (intelectual u oral) del sistema gramatical, al igual que la lectura de poetas y oradores se corresponde, en perfecta analogía de lo escrito y lo oral, con la práctica conversacional²⁹.

Es cierto, no obstante, que hay que dejar en el terreno de la hipótesis si la concepción de la gramática que se atisba en esos pasajes de Cicerón –y sólo se atisba porque el Arpinate le otorga un peso limitado (Garcea, 2012, 66) en la consecución de la pureza de la lengua– se corresponde con la de la época en que escribe o con aquella en la que ambienta su diálogo; sabemos que en la obra tiende a evitar anacronismos, y ya se ha dicho que hay una consciente huida de los tecnicismos, lo que explica, de hecho, que *grammatica* no sea usado en referencia a la disciplina y que en su lugar se use *litterae*. Desde luego, esta idea es compatible con la de quienes, como Calboli³⁰, piensan que un modelo rodio (alejandrino) de *ars grammatica* fue el seguido por el *Auctor ad Herennium*. La cuestión es compleja y no hay que culpar a Zetzl –por otro lado, buen conocedor de Cicerón– por no haberla incluido en una obra con las aspiraciones sintéticas de la que reseñamos: su postura es, en todo caso, prudente, ya que ve muy improbable que el *ars* de Palemón fuera la primera de ese tipo (163), y admite que la gramática alejandrina tuvo un papel importante en la configuración del *ars* romana, si bien considera una simplificación que se debiera a la inspiración de un solo modelo griego: Crates, Diogenes de Babilonia, Trifón o Tiranión.

²⁷ A. Willi, “Campaigning for *utilitas*: style, grammar and philosophy in C. Iulius Caesar”, en Dickey – Chahoud, 2010, 229-42, en 231 traduce “the more advanced systematic study of grammar”.

²⁸ Esta posibilidad la apunta D. Mankin, *Cicero: De oratore, Book III*, Cambridge 2011, 136, donde se conecta el pasaje con *de orat.* 1, 187.

²⁹ Similar distinción, aunque con menos detalle, parece estar presente en Cic. *de orat.* 3, 42 *uerum id adfert ratio, docent litterae, confirmat consuetudo et legendi et loquendi*, un pasaje en cierto modo parentético en un contexto en que el protagonismo lo tiene la *suauitas uocis*, el acento ideal que Cicerón identifica con el de la ciudad de Roma (ligado, por tanto, a la *urbanitas*: Garcea, 2012, 63), igual que en Grecia lo es el de los atenienses. En efecto, *id* remite en el pasaje a un nivel superior al fonético y prosódico, que es detallado unos párrafos más arriba, y en el que es fácil aislar una referencia a barbarismo y solecismo: Cic. *de orat.* 3, 40 *Atque, ut Latine loquamur, non solum uidendum est ut uerba efferamus ea, quae nemo iure reprehendat, et ea sic et casibus et temporibus et genere et numero conseruemus, ut ne quid perturbatum ac discrepans aut praeposterum sit*. Es decir, a diferencia del acceso natural que un romano tenía al acento ideal, los niveles superiores de la lengua necesitan de una reflexión sobre el sistema lingüístico (*ratio*), que también enseña la gramática (*litterae*) y que se afianza con la práctica conversacional y la lectura de los textos literarios (*consuetudo legendi et loquendi*). Es lo mismo que, de forma aún más sintética, se expresa en 3, 127, donde, dentro de la relación de *artes liberales*, la gramática es descrita como *litterarum cognitionem et poetarum*. En fin, teoría y práctica de la gramática se suceden también en 3, 39 con las expresiones *scientia litterarum* y *legendis oratoribus et poetis*, de nuevo en un contexto en que, al menos a los oradores antiguos, se les atribuye la corrección como una cualidad natural (véase Garcea, 2012, 60).

³⁰ G. Calboli, “Grammatica e stilistica latina tra Varrone e Quintiliano”, en S. Roca (ed.), *Francesco Della Corte e l'approccio globale con i classici*, Milano 2013, 31-54.

La guía bibliográfica que constituye la segunda parte de la obra se organiza con varios criterios: el más importante, como ya se ha dicho, atiende a los “subgéneros” diferenciados en la primera parte, lo que da lugar a secciones sobre “diccionarios y enciclopedias” (231-51), “comentarios” (253-77) y “gramáticas y otras formas de erudición” (279-338); a estas tres se añade otra sobre “gramáticas altomedievales”. Las dos últimas siguen un orden alfabético (aunque con una amplia sección de anónimos en el caso de los textos medievales), mientras que la primera trata de seguir una secuencia cronológica (relegando al final los glossarios anónimos, mayormente tardíos), y la de los comentarios mira la cronología del autor comentado, desde Terencio hasta Juvenal. Para cada entrada se intenta respetar la misma estructura, dentro de lo posible, ofreciendo apartados, que se marcan con la inicial en negrita, de “I(ndices)”, cuando existen léxicos, concordancias o similares, “B(ibliografías)”, que normalmente remiten a las antiguas de Wessner y Lammert, por un lado, y las más recientes de Della Casa y Pugliarello, “R(eference)”, que son normalmente las síntesis incluidas en obras enciclopédicas o manuales, “C(ollective volumes)” dedicados a autores o textos concretos, y S(econdary scholarship), la bibliografía propiamente dicha, ofrecida en orden cronológico y en formato autor-año.

En las páginas liminares de esta segunda parte no se explican, en cambio, los criterios y límites de inclusión de autores y obras, si bien en la sección inicial “How to use this book” (11-3) sí se había advertido que, al igual que el primer bloque del libro se concentraba en la historia, sustancialmente fragmentaria, de la filología romana hasta comienzos del s. III, el segundo atendería a los “surviving late antique texts” (11). Sin embargo, este criterio no parece respetarse siempre, o al menos se aplica de manera muy laxa, ya que aparecen autores que no son “late”, como *Varro* (325), *Asconius* (258) o *Caesius Bassus* (285), y otros que no son ni “late” ni “surviving”, como *Valerius Probus* (312) o *Palaemon* (305)³¹. Por el contrario, Julio Romano, que sí entra en la categoría de tardío y del que se conservan, más que fragmentos, amplias secciones de su obra (por más que no se transmitan de forma independiente de Carisio), no cuenta con una entrada propia; es cierto que recibe bastante atención en la primera parte (85-8), pero también Cornuto, del que se conserva mucho menos material, y que sí merece, en cambio, una entrada “bibliográfica” (292-3).

En el apartado bibliográfico dedicado a los comentarios, limitarse a textos conservados y a época tardía deja fuera autores como Plauto o Cinna, que fueron objeto de exégesis, por ejemplo, por parte de *Sisenna* y de *Crassicius e Hyginus* respectivamente. Es cierto que los comentarios a Cinna son mencionados brevemente en 63-4, y que a los de Plauto hay una fugaz referencia al enumerar comentarios no

³¹ Parece que en este caso la inclusión de dos autores tempranos se debe a la existencia de textos tardíos que se les atribuyeron de forma espuria. De hecho, Valerio Probo aparece como mero apartado de la entrada “Probus”, cuyo contenido más importante son los textos tardoantiguos pseudoepigráficos, y Palemón es tratado conjuntamente con sus “pseudos”. Uno puede preguntarse si no hubiera sido consistente con esta decisión dedicar también a Verrio Flaco un apartado bajo la entrada “Festus”. El criterio de los “pseudos” parece que lleva también a mencionar a *Aemilius Asper* junto a *Asper Iunior* y *Asperius* (282), y no, en cambio, entre los comentaristas de Terencio y Virgilio.

conservados³², pero habría sido útil al menos una subentrada “commentaries on” bajo “Plautus” (la hay bajo “Terence”), en el *Index*. Incluso en el caso de autoridades que cuentan con sus apartados bibliográficos se prescinde de hacer una relación de los comentarios antiguos perdidos, con lo que, por ejemplo, en el apartado dedicado a Terencio, Emilio Aspro (253-7) no aparece más que para indicar que puede ser una fuente de los *Scholía Bembina* (255), pese a que en la primera parte había sido aludido como comentarista (de Terencio, Virgilio y Salustio en 92, igual que luego en 282, pero de sólo de Virgilio en 122)³³. *Arruntius Celsus* aparece en 92 como comentarista de Virgilio y Terencio, pero falta en el detallado recorrido por la exégesis virgiliana que se da en 131-42³⁴, y también en la segunda parte. En definitiva, un breve censo de los comentarios tempranos, aunque en alguna medida repitieran la información de la primera parte, hubiera sido útil en los tratamientos de la segunda. Por lo demás, las omisiones de Zetzel son escasas y poco relevantes (prima su buen criterio para distinguir lo accesorio de lo esencial), y hay que tener siempre en mente que tampoco su obra tiene ambición enciclopédica³⁵. A cambio, la agrupación de textos y autores efectuada proporciona un panorama altamente informativo para el lector, que puede leer en unas pocas páginas la erudición que la antigüedad tardía produjo sobre algunos de los más importantes autores clásicos.

En fin, el libro es, especialmente en su primera parte, de lectura muy entretenida, pues el autor tiene una prosa ágil, muy personal (el “I” es constante en el texto), incluso con detalles humorísticos³⁶, y, a veces, con llamativas frases sentenciosas al final de sus párrafos, algunas de ellas no carentes de actualidad: “The liberal arts have gone to church” (214), “One needs to keep the students attentive”

³² Expresamente solo se menciona a *Sisenna* (su nombre falta en el *Index* final), a cuya controvertida identificación con el historiador del s. I se alude una nota (122, n. 5), con la pertinente referencia a Perutelli (2004) y a Schmidt (*HLL* 4 §445.1). Hubiera sido útil completar esta información aquí (o en una entrada en la sección de comentarios de la segunda parte) con la referencia que da Rufino a un comentario plautino de Terencio Escauro (citado de pasada en 317, cuando en 92 se dice que “wrote on Horace and Virgil”), y con el interés que tuvo Probo por “passages and words in Plautus” (73), según testimonio de Gelio (advirtamos el escepticismo de Jocelyn, 1984, 465).

³³ En el *Index*, bajo “Asper” hay una subentrada “commentary on Virgil”, pero no “commentary on Terence”.

³⁴ Salvo que esté tras el *Cornelius* citado en 131, en cuyo caso debería haberse aludido (bastaría remitir a Kaster 1988, 396) a la controversia sobre *Arruntius Claudius/Celsus* y *Cornelius Celsus* (el índice no da ningún *Celsus*, y los únicos *Cornelii* son *Gallus* y *Severus*).

³⁵ Repertorios como *RE* y *OCD*, por un lado, y obras como la de Kaster (1988), complementan en este sentido el manual de Zetzel; información más actualizada para algunos autores importantes puede encontrarse también en H. Stammerjohann (ed.), *Lexicon Grammaticorum. A Bio-Bibliographical Companion to the History of Linguistics*, Tübingen, 2009². Para autores fragmentarios existe un (todavía incompleto) censo actualizado en la web (<https://gradis.hypotheses.org>) del proyecto “Grammatici disiecti”, dirigido por Alessandro Garcea en La Sorbona de París y citado en el apartado “Websites” de la bibliografía (365).

³⁶ Por ejemplo, en 181, n. 58 describe así el *uitium* de *macrologia*: “If I were to list all thirty figures and tropes, I would be guilty of *macrologia*”. En 205, hablando de las *annotationes* de *Sabinus* sobre Persio, escribe: “Persius is a difficult author; one wonders whether the annotations Sabinus made in the margins of his copy meant no more than the sea of question marks in mine”.

(197), “Disputed territory is always dangerous”. En la discusión aparecen por doquier textos latinos, acompañados de su traducción, y, cuando es preciso por su complejidad, de referencias suplementarias³⁷.

La obra se cierra con una lista de “Works Cited” (365–411), en su mayor parte ocupada por la bibliografía propiamente dicha (de la que ya se ha hablado más arriba), pero cuya sección más interesante tal vez sea la lista de manuscritos manejados, acompañados, casi siempre, de su URL³⁸, si están disponibles en la red, de la correspondiente referencia a los *CLA* de Lowe o al *Katalog* de Bischoff, y de las páginas del texto en que son mencionados. A continuación, el “Index” dispone de forma analítica los autores, términos y conceptos estudiados: resulta muy útil, dada la duplicidad de tratamientos de la primera y segunda parte, si bien, como ya se ha apuntado, podría desarrollarse algo más en cuanto a entradas y subentradas, aunque ningún índice de este tipo es perfecto.

La edición es excelente y muy cuidada: son escasísimas las erratas (“analysis” en la última línea de 79, “–us; –or; –ex; –ns” sin cursiva en 115, “sumbainei” sin acento en 169 n. 30, “Helvius60”, sin espacio, bajo “Cinna” en 415). El libro puede adquirirse en formato Kindle (15,29 EUR), en rústica (24,29 EUR) y en cartóné (106,26 EUR), a precios muy razonables para una obra en la que James Zetzel ofrece de forma competente, amena y legible una vasta materia que bien podría conformar una enciclopedia.

JAVIER URÍA
Universidad de Zaragoza
juria@unizar.es

³⁷ En página 53, a propósito de Varro *ling.* 8, 16 *propter eorum qui dicunt usum declinati casus, uti is qui de altero diceret, distinguere posset, cum uocaret, cum daret, cum accusaret*, texto citado para ilustrar el concepto varroniano de *declinatio naturalis* (erróneamente se da el pasaje como “7.16”, igual que, poco antes “7.21” en lugar de 8.21), se podía haber explicado también a qué casos corresponden las oraciones de *cum* + subjuntivo del pasaje (vocativo, dativo, acusativo), y remitir al menos a G. Calboli, “Varrone e la teoria dei casi”, *Journal of Latin Linguistics* 6, 2001, 33–59; en ocasiones el autor es demasiado fiel a su compromiso de no ofrecer una historia interna de la lingüística. Por otro lado, la traducción que ofrece en este caso puede matizarse, concretamente respecto a *propter eorum qui dicunt usum*: y es que “for the utility of speakers” distorsiona sensiblemente el verdadero sentido del pasaje, pues da a entender que el texto expresa la finalidad (*ad usum*) de la creación de los casos, y no la causa (*propter usum*), que es lo que realmente está en cuestión: lo que Varrón quiere decir es que los casos son consecuencia directa de la naturaleza de la práctica lingüística, que exige que el hablante, en su relación con el oyente, exprese de forma diferenciada si lo invoca, le da algo o lo acusa. No ayuda en este caso el valioso comentario de Dahlman (1940, 23 y 76), pues, aunque traduce literal y correctamente “Wegen des Gebrauches derer, die sprechen”, comenta más adelante que la declinación casual se introduce “im Interesse des Gebrauches des Sprechers”, lo que sugiere una finalidad utilitaria. Puede admitirse que el argumento es circular y que, una vez creados, los casos tienen evidente utilidad para el hablante, pero la perspectiva de Varrón no es esa, sino la de que el caso emana del uso conversacional, del intercambio entre hablante y oyente.

³⁸ No siempre se da la URL directa: por ejemplo, para Aug. perg. 112 se proporciona el link http://www.stgallplan.org/en/index_library.html desde el cual debe seleccionarse el manuscrito en cuestión, cuyo acceso directo está en <https://digital.blb-karlsruhe.de/blbhs/content/pageview/11130>